

Bx218L

CS

V. 2



Bendita sea tu pureza,
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón;
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.



Tiene concedidos esta décima 39,600 días de indulgencia; y diciendo Ave María purísima, se ganan otros 2,380 días, y los mismos respondiendo: Sin pecado sois concebida.

AVISOS

A

UN MILITAR CRISTIANO.

PRÓLOGO.

Mucho debe interesar á un ministro de Jesucristo la salvacion de las almas de unos hombres que, al paso que son tan necesarios á la sociedad política, son los que mas sufren por el bien de la misma. En todas las ocasiones de su vida, ya en sus marchas ó en sus alojamientos, ya peleando ó en guarnicion pacífica, ya sanos en los cuarteles, ó enfermos ó heridos en los santos hospitales, siempre han sido el objeto de mi atencion. Y á la verdad, ¿quién será el que no aprecie á los militares, viendo que son tan necesarios al Estado, y el sacrificio tan grande que por el bien y seguridad de la nacion hacen de su vida, de sus juveniles años y de todas las comodidades ó dulzuras que podrian disfrutar en el seno de sus familias, al lado de sus padres, de sus hermanos y de sus amigos?

He dicho que son necesarios á la sociedad: y en efecto, porque si no tuviera la nacion un respetable ejército, ¿no seria la risa de los extran-

jeros, y el juguete de enemigos externos é internos? ¿No son los militares los que con su presencia ahuyentan á estos mismos enemigos, disipan los discolos y tienen á raya á los alborotadores? ¿Quiénes sino los militares nos traen la paz, esa paz que es madre de todos los bienes? pues que en tiempo de paz es cuando prosperan las artes y oficios, se aumentan los caudales, florece el comercio y la agricultura, al paso que la guerra todo lo destruye, y trae consigo todos los males, como una bien triste experiencia lo hace palpable.

Y unos sujetos que tan grandes sacrificios hacen, ¿no merecen todo el amor, atencion y cuidado? ¿Y no interesarán el corazon de un sacerdote, que por razon de su deber apostólico es deudor á todos de los desvelos de su santo ministerio? Sí, nobles militares, sí: yo quisiera que todo el mundo os obsequiara, os amara como merecis, por los beneficios que haceis al público, cuando prestais vuestros servicios; pues mientras vuestros compañeros y coetáneos estarán bailando, jugando y alegrándose en sus diversiones juveniles, vosotros estais sudando en vuestras tareas marciales, ó velando en una noche tempestuosa para la seguridad de una plaza, y quizás derramando la sangre en el campo del honor, prodigando vuestras vidas para salvar la de los demás.

Muchos de vosotros sois testigos de las pruebas que siempre he dado de este amor que os profeso, y será igualmente un testimonio de este amor en Jesucristo este librito que os dedico, para que siendo como sois valientes y fieles, seais buenos cristianos, y podais sacar un grande merecimiento espiritual de los mismos trabajos que con

heroismo tolerais en el desempeño de vuestros deberes, á fin de que si no hallais la recompensa en la tierra, la halleis allá en el cielo.

Espero que el tiempo que empleo en beneficio de vuestras almas, redimidas con el precio inestimable de la sangre de Jesucristo, no será perdido. Ya sé que el ejército español abunda de hombres virtuosos, fieles á su Dios, de corazones justos y magnánimos, de Centuriones y Cornelios por su fe¹, en cuyo corazon impera la santa ley del Evangelio; por esto no retrocedo en mi propósito, y espero que esos hombres no desdenarán mi ofrenda, ni inutilizarán mi trabajo. Quiera Dios que sea este librito una semilla pequeña que produzca abundantes frutos de piedad, y haga revivir en el ejército católico español la piedad y la religion, que tanto practicaron los esforzados soldados de Recaredo y de san Fernando.

DIÁLOGO.

P. ¿En la milicia se puede trabajar para la salvacion eterna?

R. Si por cierto. La profesion militar nada tiene que sea contrario al santo Evangelio. En la sagrada Escritura Dios se llama el Dios de los

¹ Estos dos militares son célebres por lo que de ellos cuentan los Evangelistas. Del Centurion, hombre gentil, perteneciente al ejército romano, y que algunos criticos le hacen tambien español, cuenta san Mateo en el cap. viii, que habiéndole oido Jesucristo las tiernas expresiones de su fe, fue tanta su admiracion, que vuelto á los circunstantes, dijo: *Os aseguro que no he hallado una tan grande fe en todo Israel.* De Cornelio, noble militar, refiere san Lucas en los Hechos apostólicos, cap. x, que fue el primero de los gentiles que entró con toda su familia en el Catolicismo.

ejércitos; en varias ocasiones se lee que el mismo Dios ordenó á los israelitas declarasen la guerra á sus enemigos: la Iglesia ordena oraciones por la prosperidad de las armas cristianas, y en el Evangelio leemos expresamente que el santo Bautista aconsejaba á los soldados vivir santamente en su profesion. Aun podria decirte que en la milicia mas que en otra profesion alguna hay ocasiones mejores para salvarse; pues las penalidades, los trabajos, las privaciones á que está sujeto el soldado, le abren un ancho campo para trazar el camino del cielo, camino que está por lo común sembrado de espinas y abrojos.

P. ¿El militar puede santificarse en su estado como el religioso en el suyo?

R. Sin duda. En todos tiempos ha habido Santos entre la gente de guerra, tan distinguidos por su piedad como por su valor. El rey David se hizo célebre en toda la tierra por sus combates y por sus victorias, y sus Salmos nos dan un testimonio de su amor á Dios, y de cuán heroicamente practicó todas las virtudes privadas y reales. Los santos reyes de Judá fueron el terror de sus enemigos; los emperadores romanos no tenian tropas mejores que los soldados cristianos, y la historia de todos los siglos y pueblos cristianos nos presenta una gran lista de héroes insignes que hermanaron la virtud con el valor militar. Tales son un san Fernando rey de Castilla, un san Luis de Francia, un san Jorge, un san Mauricio, un san Eduardo, un san Enrique, un san Estéban, un san Casimiro, y otros infinitos; y aun de nuestros dias hemos visto muchos valientes atletas practicar en la guerra las mas sublimes virtudes del

Cristianismo, cosa muy fácil en verdad; pues solo consiste en cumplir los propios deberes por conciencia, desechar los respetos humanos, y no hacer caso de los dictérios del mundo contra la virtud.

P. ¿El hombre de guerra debe trabajar para santificarse y ganar el cielo?

R. Decir lo contrario seria afirmar que el hombre en ser soldado deja de ser miembro de la santa Iglesia, á quien pertenece por el Bautismo, y que cesó desde entonces el fin de su creacion. ¿Quién dirá que el soldado no es hombre? ¿Que no es bautizado? luego debe aspirar á obtener su último fin que es Dios; luego participa de los santos Sacramentos, y es llamado á la recompensa de los Santos, recompensa que se nos da, trabajando por los medios que la Providencia nos ofrece. *Alius sic, alius vero sic*, dice san Pablo; quién gana el cielo en la soledad de un desierto, quién en medio del tumulto de las ciudades, quién empuñando la cruz, quién la espada.

P. ¿Se ha de contentar el soldado con ser reputado por hombre de bien, sin serlo en realidad?

R. El soldado debe tener la reputación de hombre de bien y serlo verdaderamente: la apariencia no basta, es necesario la realidad; porque el hombre sin religion no puede ser hombre de bien. El hombre de bien es aquel que sigue siempre la recta razon, gusta de cumplir con sus obligaciones, y las desempeña fielmente así en la luz, como en las tinieblas; así cuando le condenan, como cuando le aprueban; así cuando no consigue ventaja alguna, como cuando le es útil y glorioso el trabajar. El que de religion carece, no es cons-

tante en seguir los dictámenes de la razon: y poco se debe fiar de un hombre que cree poder hacer una accion malvada, cuando nadie le mira; de consiguiente tampoco se podria descansar sobre la fidelidad de un soldado, si este no obra-se, no obedeciese sino por fuerza y por salvar las apariencias. No; sin religion verdadera no hay verdadera bondad; sin verdadera bondad no hay seguridad, y el orden moral está expuesto á mil trastornos.

P. ¿En qué consiste la santidad de un militar?

R. Consiste en desempeñar fielmente todas las obligaciones de cristiano y de valiente soldado. Lo esencial de la santidad en todos los estados es uno mismo, esto es, la voluntad sincera y eficaz de observar todos los divinos mandamientos. Así en la guerra como en el claustro obliga la observancia de la ley de Dios: toda criatura ha de obedecer á su supremo Criador. Los mandamientos de Dios imponen obligaciones comunes á todos los cristianos de cualquiera condicion que sean, y las imponen propias y particulares á cada estado: cumplir estas y aquellas esto es ser santo. La Iglesia da culto á muchos excelentes soldados únicamente porque fueron buenos cristianos y buenos soldados. El hombre militar no será buen cristiano si no es buen guerrero, y nunca es mejor guerrero que cuando es buen cristiano.

P. ¿Cuáles son las obligaciones cristianas de un oficial militar?

R. El oficial á mas de los tres deberes de amor á Dios, á la patria, y al monarca, está obligado en conciencia á mantener en su tropa la disciplina militar; hacer observar escrupulosamente las

leyes de la guerra y las ordenanzas del rey; contener al soldado en los límites de su deber; animarle con su ejemplo, vigilancia y firmeza al fiel cumplimiento de todas las obligaciones que su grado le impone, y hacerse hábil y diestro en la profesion que ha abrazado. Sería un gran mal y de tristes consecuencias tener el soldado que obedecer rigurosamente las ordenanzas que ve infringe su jefe, y miraria con poco respeto á aquel superior que ó la experiencia ó la fama le mostrase inepto ó poco cuidadoso de saber y aprender sus obligaciones.

P. ¿Cuáles son las obligaciones cristianas de un simple soldado?

R. Son tres: amor y respeto á Dios, amor á la patria, y amor y obediencia al rey y á sus jefes.

1.º— *Amor y respeto á Dios.*

Todo buen soldado debe tributar homenaje, gratitud y amor á aquel Ser supremo que ha criado y conserva el universo. Si el soldado tiene obligacion de venerar y respetar á su general ó gobierno superior, ¿cuánto mas obligado estará á venerar y respetar á Dios, que es mas que todos los generales y gobernantes del mundo, quienes de él han recibido el poder que tienen? *Per me reges regnant*, dice el Señor en los Proverbios, cap. viii, v. 15.

No debe dudar el soldado que existe este Dios que nos hizo el ser, y que gobierna esta máquina admirable del universo. En todas las historias antiguas y modernas no se halla pueblo alguno, por bárbaro y estúpido que sea, que no reconoz-

ca la existencia de este supremo Señor. No hay duda que la ignorancia, barbarie y desmoralización han ofuscado con sus negros vapores la luz del entendimiento humano, que no llega á formarse la verdadera idea de Dios; mas nunca han podido borrar del todo el conocimiento de él. Se habrá oído tal vez algún impío hacer alarde de un ateísmo insensato¹; pero no es el entendimiento el que abriga esta convicción, sino el corazón depravado que quisiera no existiese un acusador y un juez inexorable de sus delitos. La ignorancia y la corrupción son las fuentes del afectado ateísmo; pero ni la corrupción ni la ignorancia podrán prevalecer contra el sentido común, el consentimiento universal de los hombres, y los argumentos que proceden de la armonía y constante orden de este sorprendente universo. Se sabe que no hay efecto sin causa, no hay criatura sin Criador, ni hay orden sin una inteligencia ordenadora.

Esta causa suprema, este Criador, esta inteligencia ordenadora es el que ha puesto ley á todas las cosas, y estas inviolablemente la observan, sin olvidarse jamás de su exacto cumplimiento. El fuego no se olvida de quemar; el agua de mojar; los graves de ir al centro; los cuerpos

¹ Quiero referir una anécdota sucedida en Francia no há mucho tiempo. Un famoso incrédulo se esmeró en una escogida reunion de damas en predicar el ateísmo. Mas conoció que sus fanfarronadas no caían en gracia á aquellas señoras, y pensó vengarse diciendo: *Perdonen Vds., señoras, me he equivocado: creía que en una casa en que el talento disputa á las gracias, no tendría yo solo el honor de no creer en Dios. — No sois solo, señor, repuso la dueña de la casa, mis caballos, mi perro y mi gatito tienen tambien ese honor: con la sola diferencia que estas pobres bestias tienen el talento de no gloriarse de ello. ¡Bofeton bien merecido!*

celestes de girar y recorrer constantemente sus órbitas. ¿Y esto no manifiesta al hombre que existe un Dios? ¿y el hombre no reconocerá y no alabará á este Dios, magnificando su gloria? ¿no observará por tanto sus preceptos de amor, que ponen al hombre en la dulce necesidad de oplat entre la bienaventuranza eterna y la eterna desdicha?

Los preceptos de Dios dados al hombre son los del Decálogo, preceptos que nadie ignora; porque á mas de haber sido grabados en dos tablas de piedra lo fueron al propio tiempo en nuestros corazones, á fin de que si el hombre no quisiese libremente leer sus deberes en aquellas, los lea en estos por fuerza. Desde los tiernos años de nuestra infancia se nos instruyó en estos deberes; nuestros corazones recibieron lecciones muy análogas con sus sentimientos, y el hombre ya maduro conoce que no puede ser feliz ni en esta vida ni en la otra, sin practicar lo que Dios manda y lo que la naturaleza impone.

Pero no acaban aquí sus obligaciones. El soldado nació por la gracia de Dios en el seno de la Iglesia, en país católico. En su bautismo contra-jo otra no menos indispensable, la de arreglar sus costumbres á los preceptos sublimes de Jesucristo y á los de la Iglesia su esposa, coluna y fundamento de la verdad. En su consecuencia debe observar cuanto la Iglesia prescribe á sus hijos, y condenar cuanto ella condena.

No puede dispensarse el militar de creer los dogmas que ella enseña revelados, de confesarse, de comulgar, de oír misa, y de las demás obligaciones que son compatibles con su estado. El

militar está obligado á todo esto, y á practicarlo como la Iglesia quiere que se practique.

2.º— *Amor á la patria.*

Además de los deberes que tiene el militar para con Dios, tiene otros no menos sagrados hácia la patria y hácia sus superiores ó jefes. En primer lugar la razon dicta que todos hemos de tener aficion particular á nuestra patria. El Cristianismo nos manda la amemos, cada uno debe servirla conforme á las obligaciones de su estado, y particularmente el soldado está empeñado á defenderla aun á expensas de su propia vida. Es accion tan gloriosa como cristiana el morir por la patria. Sí, militar mio, la patria necesita de tí para defender y conservar sus derechos y aumentar su felicidad, y tú la debes este servicio; y este amor patrio y no otras miras particulares y egoistas deben mover tu corazon. El amor patrio fue el que dió tan grandes capitanes y tan valientes soldados á los lacedemonios, á los atenienses y á los romanos. ¿De dónde nació aquel entusiasmo, que admiran los historiadores griegos, de tantas madres que no satisfechas de haber conducido á sus hijos con alegría á las tiendas de campaña, iban solícitas despues de las batallas, y salían al encuentro á sus hijos, y sentian con vivo dolor que estos no hubiesen quedado ó victoriosos ó muertos? Todo esto nacia del amor sólido, fuerte y constante que tenian al bien de su patria. Este amor patrio debe ser el que ha de animar á todo buen soldado. A buen seguro que si este amor reinara, no se conocerian las traicio-

nes, ni deserciones, ni otros crímenes que con horror oimos decir.

3.º— *Amor y obediencia al rey y á los jefes.*

No basta tener amor patrio para ser buen militar, es además indispensable amor, respeto y obediencia ciega á sus superiores; pues que ya se sabe que donde no hay obediencia, no hay union, y donde no hay union la dispersion y la perdicion son inevitables. El amor al rey inspira aquel noble entusiasmo que no permite retroceder ante los mas grandes peligros, aquel respeto á la majestad, aquella obediencia á sus órdenes, que es el mas firme garante de la victoria y de la pública seguridad. ¡Cuántos hechos se leen en las historias de grandes ejércitos que han sido vencidos ó derrotados por falta de obediencia! Por esta razon los grandes capitanes de todos los siglos han mirado esta obediencia como uno de los principales puntos de la disciplina militar, y han castigado con las más terribles penas á los transgresores. El hijo del gran Torcuato, capitan romano, embistió al enemigo contra las órdenes de su padre, y aunque salió victorioso, sin embargo su padre le hizo matar, diciendo que antes se olvidaria de ser padre que de ser militar. Todas las naciones tienen esta gran máxima, que sin obediencia ciega, el soldado de nada sirve á la seguridad del Estado. Obediencia ciega debe tener el soldado, porque el que dirige el batallon ó el ejército sabe sus planes y no debe comunicarlos á cualquiera; obediencia en las marchas, obediencia en guardar los puntos y las consignas,

obediencia en atacar y en retirarse; obediencia hasta morir. El soldado fiel y generoso está siempre pronto á sacrificarse para la conservacion de su príncipe ó general y de sus oficiales; este soldado es la gloria de un ejército.

P. ¿Cómo debe portarse el soldado con sus compañeros?

R. Debe sobre todo estudiar en mantener la paz y la union con ellos. La division y la discordia, funestas en todos los cuerpos, tienen consecuencias aun mas formidables en las tropas. Dadme un ejército cuyos soldados se amen, se estimen y estén unidos, y la victoria es segura: dadme al contrario otro, cuyos individuos se odian, riñan y no tengan paz y amor entre sí, y los veréis sucumbir delante de un puñado de enemigos. El egoismo y el desprecio será lo único que reinará entre ellos; maquinará el uno contra el otro, no se auxiliarán en los apuros de la guerra, antes bien se abandonarán mutuamente, y el exterminio es inevitable. Esta union empero no debe tener lugar con los malos y perversos: con estos el buen militar se porta con disimulo, con caridad, mas sin participar de sus extravíos.

P. ¿En qué debe ocuparse el soldado en tiempo de paz ó en cuartel de invierno?

R. En dedicarse á aprender los ejercicios de la guerra. El soldado está obligado á conocer sus obligaciones, debe hacerse capaz de la táctica militar, debe, en una palabra, prepararse para cuando la necesidad exija de él esfuerzos y habilidad. La negligencia en este punto podria tener muy graves resultados, y el militar que en tiempo de paz ó en cuartel de invierno, cuando el tiempo

le sobre, no adquiere todos los conocimientos necesarios y no cuida de la disciplina, en tiempo de guerra faltará, y podrá contribuir á la derrota de su cuerpo. ¿No es muchas veces la impericia que hace que fuertes columnas sucumban ante poca gente aguerrida y disciplinada?

P. ¿Cómo se portará el soldado en casa del paisano ó en el alojamiento?

R. El soldado debe hacerse amar, y no temer nada del paisano que le aloja; procurar serle lo menos molesto que pueda, no dar mal ejemplo en su casa, no cometer atropellos; sino estar siempre en ella pacífico, discreto, honesto, oficioso y fiel. Oiga y practique lo que mandaba el emperador Aurelio: «Nadie toque el pollino de otro, ni la oveja, ni la viña, ni perjudique las mieses; á nadie exija aceite, sal ó leña; cada uno se contente con su paga, y cuide que vencedor en las armas, no sea vencido por los vicios.» (*Flavio Vopisco*).

P. ¿Cuáles son los deberes del militar en tiempo de guerra?

R. Jamás la disciplina militar debe ser mejor observada que en este tiempo: la negligencia del soldado puede causar la pérdida de un ejército entero. La razon y la Religion piden que el soldado y el oficial estén en campaña mas atentos á su obligacion, mas asiduos, mas vigilantes en sus puestos, mas exactos en ejecutar las órdenes de sus superiores, siempre en estado de defenderse y atacar, y sobre todo en estado de gracia por el peligro en que se hallan de morir. No olvide tampoco el soldado las reflexiones que conducen á suavizar los horrores de la guerra. Está dicho

que: *Bellum omne malum: la guerra trae todos los males*; y esta verdad está comprobada por una amarga experiencia. El azote mas terrible de la humanidad es la guerra, y aunque en estos últimos siglos, por la gracia del Señor, las guerras se hacen arregladas á una ley de humanidad y derecho público, que no se conocia en los tiempos antiguos, en que las ciudades y las provincias se entregaban sin piedad al fuego, y se pasaban á cuchillo jóvenes y viejos; hombres y mujeres sin distincion de clases, edad ó carácter; sin embargo son inevitables un sin fin de calamidades por el furor con que se acomete ó por la obstinacion con que se defiende. El medio mas poderoso para impedir muchas desgracias es conocer que si el soldado combate, combate con sus semejantes aunque enemigos, y que si la justicia tiene sus derechos, la humanidad tiene tambien sus fueros.

De aquí se sigue que es obligacion de conciencia del general, por ejemplo, conseguir la victoria del enemigo, pero por los medios mas humanos: antes se debe hacer prisionero, que matar al enemigo, porque se ha de procurar conseguir el fin de la guerra con el menor mal que sea posible; y el soldado enemigo que rinde sus armas, deja desde aquel momento de serlo, y se hace acreedor á la proteccion de aquel otro soldado á quien se rinde. La guerra sin cuartel es un medio bárbaro; y el que la autoriza, dará una cuenta terrible á Dios de toda la sangre que se hubiere derramado.

Al entrar en un país enemigo, debe el militar de honor no solo respetar, sino tambien proteger

el honor de las mujeres, la inocencia de los niños, la flaqueza de los ancianos y todos aquellos que no quieren ó no pueden hacer algun mal. Esta era la orden que intimaba á todos sus soldados al entrar en un país enemigo el gran general francés Bertrando de Guesclin, porque es conforme á la humanidad, y se hace mas fácil la conquista: sino hasta la piedras se levantan contra el ejército que se entrega al hurto, á la rapiña y al atropellamiento de todo lo sagrado.

Si esto se debe observar en un país conquistado; ¿cuáles serán los deberes del militar estando ó pasando por tierras fieles ó leales? Aquí es donde los militares deben hacer brillar la humanidad, fidelidad y honor militar, si quieren ser bien recibidos, bien hospedados y bien tratados.

P. ¿Será lícito en alguna ocasion al soldado desertar, ó huir y abandonar el puesto por cobardía?

R. Una accion mala nunca es permitida: la desercion es una accion infame y detestable; todas las naciones la han mirado siempre como crimen digno de castigo. El puesto que ocupa el soldado, le ocupa por un solemne juramento; abandonarle es incurrir en el perjurio; es una injusticia que hace á su rey y á su patria. Si la desercion se hiciese por pasar á los enemigos, es todavía mas infame, y merece los mayores castigos. Es un rebelde, un traidor que se arma contra su principe y su patria: es un hijo perverso que va á hacer la guerra á su madre.

Pero ni tampoco debe el soldado huir ó abandonar su puesto. Semejante fuga es pecado grande, es mucho mas criminosa delante de Dios que

vergonzosa delante de los hombres. El temor de la muerte nunca ha de impedir á un cristiano el cumplimiento de su obligacion. El guerrero por los empeños de su estado está obligado á dar su sangre, exponer y sacrificar su vida, cuando así lo exige la patria y en su nombre los jefes. Muchas veces la salvacion de un ejército depende de la defensa de un puesto, de la vigilancia de un centinela, de la intrepidez de un subalterno. Tenga el soldado cristiano viva la fe, y ella le dará valor é intrepidez, que jamás desmenirá; no hay cosa mas propia para infundir el verdadero ánimo como las grandes verdades del Evangelio. El soldado que las tenga bien presentes, jamás cesará; la buena conciencia no teme la muerte; pero los remordimientos del pecado hacen siempre al hombre cobarde. Por lo tanto el militar debe procurar tener siempre libre de pecado la conciencia, y entonces será valiente, y su valor no será ni loco ni temerario.

P. ¿Hay algun vicio que autorice la milicia?

R. La licencia de las armas no puede autorizar algun vicio, que en cualquier estado es detestable. El pecado es en todas partes digno de eternos suplicios; y es condenable así en un hombre de espada, como en un hombre de toga. El soldado es un cristiano; el cristiano tiene una ley, de cuya observancia no puede dispensarse, cualquiera que sea su profesion.

P. ¿Cuáles son los vicios que se deben temer mas por el soldado?

R. Cinco son principalmente los vicios que degradan á un militar, y contra los cuales debe tomar serias precauciones: 1.º el de la blasfemia;

2.º el de la embriaguez; 3.º el de la impureza; 4.º el de la ociosidad; 5.º el de la cólera y venganza.

1.º — Blasfemia.

Ningun crimen es mas horrendo que el de la blasfemia, ni ninguno otro atrae tanto la divina venganza; como ni tampoco hay otro que tanto envilezca al hombre que la profiere. La ley de Moisés condenaba á los blasfemos á ser apedreados; por derecho positivo tambien está señalada pena de muerte; por derecho de Castilla está señalada la pena de cortar la lengua al blasfemo, y á mas darle cien azotes en público; por derecho de Cataluña enclavar la lengua y ser azotado públicamente; y por las ordenanzas actuales se castiga al blasfemo con ocho dias de mordaza, y la reincidencia con pasarle la lengua con hierro ardiendo por mano del verdugo, y la expulsion ignominiosa del regimiento.

Advierta el militar la gravedad de este crimen, cuando las leyes humanas son tan severas para castigarlo. ¿Y cuán grande no será el castigo que recibirá de Dios? Será correspondiente á la gravedad de la ofensa que se le hace. En presencia del general no se atreveria nadie á proferir palabras indecentes, y mucho menos expresiones contra el mismo general; y lo que no se atreveria á decir delante de un hombre ¿tendrá la insolencia de decirlo delante de Dios y contra el mismo Dios?... ¡blasfemar de su santo nombre!... ¡conculcar sus divinos atributos!... ¡Oh cielos, cómo no desprendeis vuestros rayos contra el impío! ¡oh in-

fiernos, cómo no tragais á ese hombre peor que el demonio!

Es tan grande este pecado que cualquiera otro no es sino una comparacion respecto de él; porque con los otros se ofende un atributo de Dios, mas este de la blasfemia ofende á Dios en todo cuanto es, en su esencia y en sus atributos. Cuida bien el militar honrado de no manchar su boca y su reputacion con un lenguaje semejante, y tema que si profana tan vilmente el sagrado nombre del Señor, en justo castigo le faltará tiempo en su muerte para invocarlo.

2.º — *Embriaguez.*

En segundo lugar debe el militar honrado no entregarse á la embriaguez. Este vicio es uno de los mas criminosos, mas infames y mas funestos; hace este vicio inútiles á los mas bellos talentos; entorpece al hombre; le asemeja al bruto, y le hace alguna vez aun mas estúpido y mas feroz. No hay cosa que no se pueda temer de un hombre sujeto al vino: no se le puede fiar ni secreto, ni puesto, ni empleo. Es un vicio que destruye la salud, debilita el entendimiento, precipita á todo género de disoluciones, y en los soldados sobre todo la mayor parte de sus desgracias les nacen del vino. Tanto mas se ha de temer este vicio, cuanto que es uno de los mas difíciles de corregir. El soldado cuerdo, honrado y cristiano se ha de guardar con cuidado á no dejarse dominar por el vino, sobre todo si es de genio violento y querrelloso.

3.º — *Impureza.*

Poco diré del vicio de la impureza, por ser cosa delicada. Un cristiano que quiere salvarse debe tomar muchas precauciones contra este infame vicio, que tiraniza al hombre mas que otro alguno; que le precipita en los mayores abismos, y que es la causa principal de la reprobacion de casi todos los condenados. Pasion es esta que hace al hombre feroz é inhumano; que todo lo profana; que rompe los vínculos mas sagrados; que ciega el entendimiento; que endurece el corazon; que extingue la fe y atropella los respetos debidos á la Religion. Herejía, blasfemia é impureza van casi siempre juntas. Y ¿qué males no causa aun en el cuerpo y en la fortuna? ¡Ah, si se pudiesen revelar las abominaciones de esos hombres disolutos, como nos taparíamos el rostro de vergüenza, al ver á esas víctimas impuras, devoradas en su espíritu por el fuego de la deshonestidad, y su cuerpo por enfermedades infames, asquerosas, y que ni la naturaleza ni la mano del hombre jamás ha tenido que curar en el animal!... ¡Cuántos soldados jamás vencidos en el campo del honor, lo son tristemente en el de la impura Venus!...

Si para vencer los otros vicios es necesario acometer al diablo, para vencer este es preciso huir. Huir se deben los objetos peligrosos; huir los malos libros y láminas provocativas; huir las compañías disolutas; huir sobre todo el trato con aquel sexo que ha traído siempre la perdicion y la muerte. Frecuencia de Sacramentos, y una tierna de-

vocion á María santísima, hé aquí las dos armas poderosas para vencer la carne.

4.º — *Ociosidad.*

Mucha malicia enseñó siempre la ociosidad, y el vicio de que acabo de hablar debe su nacimiento á la vida ociosa, holgazana y afeminada. Mas peligro corre un militar de ser víctima de todos los vicios en tiempo de paz que en tiempo de guerra; porque mas estragos hacen en los ejércitos los vicios que secrian en una paz ociosa, que las balas, espadas y lanzas de la guerra. En testimonio de esta verdad podria citar muchos pasajes de las antiguas y modernas historias. El historiador de la república romana dice que mientras esta floridísima república tuvo los soldados ocupados en las conquistas y fatigas marciales, se conservaron los ejércitos invencibles y leales; mas apenas se entregaron al descanso y ociosidad, al instante se afeminaron, se llenaron de todos los vicios, y echaron por tierra aquel grande imperio que sus antepasados levantaron con sus virtudes. ¿Quereis derrotar un ejército? dejadle gozar dias tranquilos, alegres y ociosos. Bien conoció esto el famoso rey Ciro, cuando para que los lidios, á quienes habia subyugado, no pudiesen rebelarse contra él, ni prevalecer si lo intentasen, les obligó á que dejadas las penosas faenas de la vida militar se entregasen al descanso, comodidad y regalo. El ejército de Aníbal pereció por haberse habituado á las delicias y comodidades de los habitantes de Capua, y nuestra España bien lo lloró, cuando en el año 1100,

reinando en Castilla D. Alonso el VI, fue vencido su ejército y muerto en él desgraciadamente su hijo el infante D. Sancho, por Aly emperador de los moros en estos reinos, siendo el motivo de tan lamentable desgracia la ociosidad y la vida holgazana, regalada y viciosa de los soldados, por la que se habian deslizado en la sensualidad y en otros vicios; lo que entendido por aquel Monarca, mandó quitar y destruir todos los sitios, teatros é instrumentos públicos de diversion y entretenimiento. Ya he hablado arriba de los males causados por el vicio sensual, añado ahora que Julio César no exigia menos de sus ejércitos la honestidad y la modestia, que el valor y la intrepidez en el combate. Valerio Máximo decia que en la tropa era indispensable una rígida y exacta disciplina militar en las costumbres, porque de lo contrario se perderia el vigor que en ella tanto se necesita.

De la ociosidad viene el vicio del juego, del que debes apartarte por los excesos que de él provienen, como son las blasfemias, juramentos, maldiciones, reniegos, riñas, desaños, hurtos y otros.

5.º — *Cólera y venganza.*

Si todó hombre está obligado á no dejarse arrebatar de la ira, mucho mas debe hacerlo el hombre de espada. La cólera es criminal cuando procede de principio malo, y precipita á arrojos, á violencias y venganzas. El hombre poseido por la ira no es hombre; el furor le hace perder la razon; le ciega el entendimiento, hasta hacerle

olvidar los derechos mas sagrados de la sangre y de la religion. Es esta pasion enemiga del orden, que disminuye la autoridad de los superiores é inspira la rebelion en los inferiores. Modere, pues, el soldado la cólera con templanza cristiana; porque á él mas que á otro conviene tener con sus compañeros mútua afabilidad, atencion y respeto. Y cuando tenga algun motivo de airarse, acuérdesese de esta máxima: *El que no sabe disimular, no sabe vivir.*

No por llevar á su lado la espada está autorizado el militar para vengarse de la injuria que ha recibido: no debe usar de la espada sino por una causa pública; por una injuria personal debe dirigirse á un juez, y mucho mejor haria en perdonar la injuria por amor de Jesucristo. Si la guerra es legitima y aun necesaria cuando una nacion ó un monarca se ven ofendidos, entre particulares está prohibida la venganza; porque los particulares pueden y deben defenderse con la autoridad de las leyes y de sus superiores. En fin, el soldado cristiano combate valerosamente á los enemigos de su patria, pero perdona con generosidad á los suyos propios.

P. ¿Es cosa loable desafiarse ó aceptar el desafio?

R. Muy al contrario, es cosa digna de vituperio; porque desafiando, se pierde el honor, muy léjos de vengarle, y porque es contrario á la razon, á la humanidad, á las leyes divinas y humanas, civiles y eclesiásticas. El honor estriba en la virtud, y en el duelo no hay mas que un vicio condenado por Dios, por la razon y por las leyes. El que desafía es un loco, que no teme

perder su alma por una afrenta leve; es un bárbaro, que quiere degollar á un prójimo por una ofensa recibida. El verdadero honor consiste en obedecer á Dios y al rey, y en evitar lo que prohiben las leyes. Es tambien el desafio contrario á la razon, porque no es un medio útil ni necesario; muy al contrario, es perniciosísimo. ¿Qué utilidad saca del desafio el que lo propuso, si vence? la infamia y el destierro; ¿y si es vencido? la muerte. Tampoco es necesario, porque hay tribunales, hay jueces que tutelan el honor; y es muy ridículo que al paso que por cosas de fortuna acudimos á los medios que nos ofrece la sociedad civilizada, por lo que toca á un honor tal vez imaginario, se constituye el hombre parte y juez al mismo tiempo. ¿Y cuántos estragos no causa finalmente el desafio? Muerte del cuerpo, muerte del alma, desgracias en las familias, llanto en las esposas, y la paz de la sociedad turbada. Todas las leyes se han armado contra ese uso detestable inventado por el diablo, como dice el sagrado concilio de Trento. Los Pontífices lo han proscrito, y últimamente el gran Benedicto XIV confirmó contra los duelantes las penas fulminadas por el dicho concilio de Trento de excomunion, infamia, confiscacion de bienes, inhabilidad para testar, sepultura vil, y todas las penas contra los homicidas y reos de lesa majestad. Las leyes humanas están acordes. El emperador Leopoldo en 1658 estableció la pena de muerte contra el que hubiese muerto á otro en desafio. Luis XIV mandó entre otras penas, que al muerto en desafio se le ahorcase por los piés, y al otro por la cabeza ó en estatua. Las leyes

españolas son tambien terminantes en este particular; pues lo prohiben la ley 10, tít. 8, lib. 8 del Código antiguo; los tít. 3 y 4 de las Siete Partidas; la ley 1.^a, tít. 28, lib. 12, y la ley 2.^a, tít. 20, lib. 12 de la Novísima Recopilacion.

Por tanto, ó militar mio, nunca invites al desafio por las razones sobredichas, y si alguna vez eres desafiado, no lo admitas, pues que el despreciar ó no aceptar el desafio, no es cobardía, sino valor, prudencia y caridad; es tener compasion de un loco que ha perdido la razon por la ira; despreciar un mónstruo humano; es no hacer caso de un irracional, porque á tener razon no invitaria al duelo. Un hombre de corazon muestra infinitamente mas grandeza de ánimo rehusando el desafio, que aceptándolo; perdonando la injuria por amor de Jesucristo, que batiéndose contra las leyes, contra la razon, contra la humanidad.

P. ¿Cuáles son las virtudes que debe tener un militar cristiano?

R. Subordinacion y valor, además de las de que se ha hablado hasta aquí de templanza, honestidad, amor á la disciplina y amor á la patria. Si: es menester que haya grande subordinacion en la tropa, del soldado al oficial, del subalterno á los superiores; de todos los oficiales á su comandante, del comandante al general, y de este al soberano, uniendo en un solo cuerpo tantos divididos miembros bajo una sola cabeza. Esto hace la fuerza principal de los ejércitos y de los Estados. La independenciam pronto los destruiria por floridos que fuesen. Así es que todo inferior debe obedecer á su superior por deber

de conciencia; y peca mortalmente el soldado, si su inobediencia es en materia considerable. El oficial revestido de la autoridad régia, manda de parte del rey; la potestad del rey viene de Dios; desobedecer al oficial, es desobedecer al rey, y por consiguiente es ofender á Dios. Ni al enemigo se puede atacar sin orden para ello, aunque la victoria fuese cierta, porque esta seria criminal á los ojos de Dios. Vale mas perder la ocasion de derrotar al enemigo, que contravenir á las órdenes del jefe.

El soldado subordinado debe ser tambien valiente, con un valor prudente, y sujeto á la disciplina militar. El valor no consiste en exponerse temerariamente á la muerte, sino en hacer frente generosamente á la misma, cuando la obligacion lo ordena; ponerse sin razon en peligro de morir es locura, es un crimen. En fin, el valor ha de ser una virtud, y se ha de confiar mucho en el auxilio del cielo.

P. ¿La devocion debilita el valor?

R. La devocion en vez de debilitar el valor, muy al contrario le aumenta y fortalece. De dos guerreros igualmente valerosos, el que tenga sólida devocion será mucho mas valiente que el que no tenga devocion alguna; porque este ve á sus piés dos abismos, la muerte y el infierno, y aquel uno solo, la muerte. El impío no es valiente sino por motivos humanos; el verdadero devoto va animado al combate por los mismos motivos humanos, y además por los poderosos de la Religion. La piedad cristiana da seguridad en los mayores riesgos de la guerra; porque el piadoso guerrero tiene razon de esperar el auxi-

lio del Dios de los ejércitos. Al contrario la impiedad amedrenta al guerrero, que siente tener al mismo Dios por enemigo. Por mas valeroso que sea naturalmente un soldado cristiano, si va al combate en estado de pecado mortal, es imposible que no tenga muy vivos remordimientos y temores de morir y condenarse, capaces de alterar la audacia mas intrépida. ¡Cuántos ejércitos no ha desbaratado Dios por los crímenes de los soldados!

P. ¿Qué respeto debe tener el soldado cristiano á la Religion y á sus ministros?

R. El mayor; los soldados paganos respetaban á sus sacrificios y á sus sacerdotes, á sus templos y á sus altares, y á todo lo que tenia relacion con sus falsas deidades. ¿Nuestros soldados tendrán acaso menos religion que los paganos? ¿menos respeto por el verdadero Dios? Nunca debe hablar de materias de religion sino con gran respeto y discrecion, ni atreverse á condenar lo que no entiende, ni censurar lo que la Iglesia aprueba ó autoriza. Los ministros del altar deben ser por ellos respetados; jamás debe profanar las cosas sagradas, y debe asistir con modestia y edificacion á los actos de religion, singularmente en los tremendos misterios de la misa.

P. ¿Qué devociones debe practicar el soldado?

R. El soldado cristiano debe rezar por la mañana y por la noche, antes y despues de comer, aquellas oraciones que están en uso entre los cristianos, oír misa, si puede, cada dia; rezar alguna oracion en honra de María santísima,

de su santo Patron y de su Angel de la guarda; ofrecer á menudo sus trabajos, sus fatigas, sus ejercicios á Dios; asistir á los oficios divinos en los dias de fiesta, y rogar por la paz y por su rey. Sobre todo cuando es tentado ó preve que está en peligro de serlo, es cuando debe redoblar sus oraciones. Las tentaciones no pueden vencerse sino con el socorro de la gracia, y este socorro ordinariamente no se da sino con la oracion.

El buen soldado no debe olvidar que su vida está en peligro en tiempo de guerra; que la eternidad depende de la muerte, y que por consiguiente en este peligro debe sobre todo pedir á Dios su misericordia y la gracia de morir bien.

Debe asimismo confesarse y comulgar á lo menos una vez al año bajo pena de pecado mortal; y si tiene la desgracia de cometer un solo pecado mortal, arrepentirse de él al instante, y formar la intencion de confesarse tan pronto como le sea posible; haciendo firme propósito de no volverle á cometer, pues sin esto la confesion de nada serviria: tambien cuando está en peligro de morir, como por ejemplo, en la vispera de un asalto ó batalla, pero todo se entiende sin faltar en cosas del servicio. Peleará sin duda con mas denuedo y gloria, si va al combate con el Dios de los ejércitos.

No hay virtud, en fin, que no pueda practicar un hombre de armas en muchas ocasiones. Puede frecuentemente hacer obras de paz previniendo, componiendo y terminando las querellas; obras de paciencia, soportando con resignacion las fatigas de la guerra; obras de celo, conteniendo los excesos de los soldados compañeros ó

súbditos, reprendiendo al impío y licencioso, ó aconsejándole la virtud; obras de religion; defendiendo los lugares santos y personas consagradas á Dios; obras de justicia y caridad, impidiendo la muerte de algun infeliz que cae en sus manos; obras de obediencia, observando la disciplina militar; obras de mansedumbre, perdonando á los que le han ofendido; actos de humildad, soportando las altiveces de sus superiores; obras de penitencia, haciendo frecuentes actos de contricion en los riesgos de la guerra; actos de reconocimiento, atribuyendo á Dios el suceso de la batalla; actos de fe, esperanza y caridad, poniendo en Dios toda su confianza.

Las tropas españolas serian invencibles, si su devocion fuese igual á su valor.

Hasta aquí el Diálogo. ¡Ojalá que todos los militares se aprovechen de él! Si esto sucediese, quedaria satisfecho mi amor, y recompensados abundantemente mis trabajos; creyendo hacer un grande servicio á los militares, he traducido la siguiente vida de un soldado.

Advertencia.

Al ver el grande aprecio que tiene en Francia é Italia la presente historieta, me he movido á traducirla, esperando que no solo tendrá la misma acogida entre los españoles, sino que tambien producirá iguales efectos; librito á la verdad pequeño en volumen, pero grande en la sustancia y admirable en la historia: encargo mucho se lea con detenimiento, y despues se experimentará lo que si ahora dijera, podria no ser creído.

VIDA DE FRANCISCO FILIBERT,

LLAMADO

LA FEUILLADE,

ESCRITA POR EL CÉLEBRE ABATE CARRON EN IDIOMA FRANCÉS; TRADUCIDA EN ITALIANO POR L. Z., Y ÚLTIMAMENTE EN ESPAÑOL POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Maria Claret,

Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.

Nació Francisco Filibert en el siglo décimo-séptimo, de padres artesanos, en el barrio de San Lorenzo de Nevers. Desde sus primeros años se ocupó en el oficio de zapatero, aunque no continuó, porque la sublimidad de su ánimo, superior á su condicion, le hizo abrazar el arte militar; y alistado en la compañía de Milan del regimiento de Vexin, fue enviado á su regimiento, que en aquel entonces estaba de guarnicion en Cassale de Italia. No tardó mucho en dar pruebas de valeroso soldado, por lo que uniendo á la adquirida fama la belleza de su persona, aire marcial y estatura no comun, fue agregado á la compañía de granaderos.

Los tres primeros años del servicio los pasó en el libertinaje, cosa tan fácil en los militares. Vencido desde un principio del respeto humano,